



LOS  
COLORES DE LA PATRIA

I

En aquel momento escampaba. Breve intermitencia entre dos *garúas*. Toda la semana de mayo fué lluviosa.

En la nublada mañana del viernes 25 de mayo de 1810, fría y melancólica como la de esperanza lejana, grupos del pueblo se aumentaban sobre la *vereda ancha*, cuando French preguntó á Beruti.

—¿Qué distintivo llevamos para evitar confusión ó desórdenes de entremetidos que pretendan aguar la fiesta?

Los retrógrados y empecinados juzgaban que aquello era todo un desorden; pero los jóvenes chisperos pretendían cambiar todo en el mayor orden.

Beruti, señalando al cielo, contestó:

—*He ahí nuestra bandera, el color de nuestro cielo en esta solemne hora decisiva.*

Como frecuentemente sucede durante largos días de lluvia, en aquellos momentos aclaraba un poco, y ancha nube blanca cruzaba lenta y majestuosamente, dividiendo en dos fajas el azul celeste de la inmensa bóveda opaca que cubría la plaza de la Victoria—cuna desde entonces de la independencia americana.

—¡Bella inspiración!—contestó el compañero; y estos dos gloriosos ge-

melos de la revolución de mayo (French y Beruti), entrando en la mercería de García, en la vereda contigua al café, posteriormente bajo la recova nueva, salieron con algunas piezas de cintas celestes y blancas, siendo Beruti el primero que se puso de escarapela esa divisa.

Luego ambos se mezclaron entre los grupos, repartiendo otras tantas, y muy pronto se vieron penetrar en la plaza cuantos á ella llegaban, con el distintivo de los patriotas en el sombrero, en el ojal ó sobre el poncho.

Distinguíanse, entre multitud de jóvenes allí presentes, Vedia, Balcarse, López, Viamonte, Ocampo, Martínez, Guido, Gómez, Melián, Albarraçin, Mansilla, Darragueira, Thompson, Moldes, Peña, Chiclana, Irigoyen, Moreno, los que iban y venían del comité de la casa Azcuénaga al Cabildo y de éste al café de la vereda ancha.

Así nació la bandera nacional, de ese moño blanco y celeste, colores que ya usaba en su uniforme el regimiento de patricios, quienes, si pudieron tomarlos de la banda de Carlos III, cuando soldados de su hijo, no para marchar contra el rey. Consagra igualmente esta tradición de familia en la de Beruti la hermosa inspiración del poeta, que con verdad exclamó:

«Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres  
el blanco y el celeste de nuestro pabellón.»

Con los colores de la divisa de aquel primer día, convertida en escarapela patria, dos años después enarboló bandera el general Belgrano en baterías sobre las barrancas del Rosario, donde se levanta hoy el monumento á la bandera. Esta fué la que al año siguiente (1813) hizo jurar al ejército vencedor en Tucumán, sobre las riberas del río Juramento, al llegar á Salta en vísperas de su victoria.

Otra hermosa inspiración del joven Beruti, en la fría mañana del 25, en que vino al mundo *una nueva y gloriosa nación*.

—Asonada de manolos encabezada por mozalbetes de tanta influencia como French y Beruti, no pasará del barrio del Alto—murmuraban *sotto voce* vejetes asustadizos que, como los pelucones de todos los tiempos, nunca tuvieron fe en el entusiasmo de la juventud.

Y como retardaran los primeros delegados que el pueblo enviara al cabildo (Chiclana, Moreno, Irigoyen), volvió á observar French:

—Parece que por allá arriba hablan de componendas y andan descomponiendo la lista.

—Pues alcance, compañero un papelito, que nosotros mismos llevare-

mos la de los que han de dirigir á este pueblo como su más genuina representación.

Y al pie de la torre del Cabildo escribió los siguientes nombres, que momentos después, desde lo alto de su balcón, eran proclamados como los de la primera Junta gubernativa:

Saavedra, Belgrano, Castelli, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Paso, Moreno.

Las dos más hermosas inspiraciones de 25 de mayo, su distintivo y su gobierno, fueron debidas al entusiasmo y actividad de Beruti, en quien ya había pronosticado uno de los viejos notables: «Tiene inteligencia y corazón: este joven irá muy lejos.»

Era el señor de Escalada uno de los pocos acaudalados vecinos que entrara con más fe en la revolución. Su talento natural, su perspicacia y experiencia, le hicieron ver claro desde los primeros pasos.

Así como auguró brillante carrera al desconocido de la víspera, profetizó el éxito del coronel San Martín, desde que le conoció, al día siguiente de llegado el vencedor en Bailén.

## II

Nacido Beruti en esta ciudad el mismo año que Rivadavia (1780), D. Pablo Beruti y doña María González Alderete fueron sus padres.

Muy joven aún, ya el virrey Avilés le nombró empleado en la notaría eclesiástica á cargo del Sr. Posadas. Desde los primeros estremecimientos en que palpitará el pueblo por su independencia, comunicó la chispa sagrada en las masas, que electrizaba con su palabra llena de fuego y entusiasmo.

Otros llevaban la dirección; pero él la propagaba en las filas del pueblo á que pertenecía, desde los conciliábulos de la junta revolucionaria en la quinta de Peña.

Un mes después de la jornada de aquella gloriosa mañana en que su noble inspiración dió á un tiempo divisa y gobierno al movimiento iniciado, era nombrado teniente coronel del regimiento de América, y dos años más tarde teniente gobernador de Santa Fe, antes de serlo de Tucumán.

Secretario de Alvear en el sitio de Montevideo, su antiguo jefe de oficina, el director Posadas, que le conocía desde niño, le hizo jefe del regimiento 3.º de infantería, con el grado de coronel, y comisario general de prisioneros, de los muchos que él mismo rindiera en aquella plaza fuerte.

Tan experto militar llegó á instruirse como hábil organizador. Por

dos ocasiones desempeñó el Ministerio de la Guerra, y en 1815, subinspector del ejército de los Andes: coronel efectivo ya, le nombró San Martín en Mendoza segundo Jefe del Estado mayor.

Su brillante comportamiento en Chacabuco mereció especial mención en el parte de la victoria, siguiendo luego los ejércitos de la patria.

Volvió á ésta, luego á Mendoza, y allí se encontraba de ministro del general Lamadrid, cuando llegó su ejército en derrota.

La noble comportamiento de toda su vida, escudo fué que salvara de las persecuciones de sus enemigos al autor de los colores de la patria.

Hasta por éstos respetado, el general Pacheco impidió que Aldao le molestara como á otros unitarios, después del Rodeo del Medio.

Una de sus hermanas fué la madre del actual vicealmirante Cordero, y á la otra desposó el guerrero de la independencia D. Venancio Ortega, hermano de doña Rufina, que los anales patrios recuerdan por su patriotismo. Con las familias de Rocha, Salvadores, Castro, emparentaron otras.

Anciano y achacoso falleció en aquella ciudad de los Andes, en que vió la luz su hijo Antonio, padre de nuestro aplaudido compositor, que allí viniera al mundo.

